

LUIS VITALE

Presentación del N°4 de la Revista
de Ciencias Sociales e Históricas
ALAMEDAS, mayo 1998.

EL PODER en la HISTORIA DE CHILE

Antes que nada, quiero dedicar esta presentación a la memoria de uno de los historiadores chilenos más destacados del último medio siglo: Alvaro Jara. A un mes y días de tu última despedida, quiero destinar estas líneas a los estudiantes de Historia para que guarden en su memoria las lecciones que diste en las diversas Universidades y los relevantes aportes de tus investigaciones. Cuando estudien la economía colonial y sus relaciones sociales de producción tendrán que consultar tu libro **Economía Minera Hispanoamericana**, publicado en 1966 por la Editorial Universitaria, devorado entonces no sólo por los investigadores chilenos sino también por los especialistas latinoamericanos. Junto con Marcelo Carmagnani, fuistes pionero en el análisis de las formas embrionarias del salariado colonial, cuando la mayoría de los historiadores sólo consideraba la esclavitud y unas supuestas relaciones feudales de producción, como las únicas existentes.

Seguramente vendrán nuevas investigaciones en este incesante camino de aproximaciones a la verdad histórica, pero los jóvenes historiadores no dejarán de consultar: **El salario de los indios y los sesmos de oro en la Tasa de Santillán** (1961) y **Salario en una economía monetaria caracterizada por las relaciones de dependencia personal** (1959).

Tus afanes sobre las formas de trabajo en la colonia tampoco serán olvidados y siempre habrá que recurrir a tu libro: **Fuentes para la Historia del Trabajo en Chile colonial**.

Y continuará vivo para la polémica acerca de los levantamientos mapuches tu ensayo **Guerra y Sociedad en Chile. La transformación de la Guerra de Arauco y la esclavitud de los indios**, publicado en francés en 1961. Por algo fuiste Premio Nacional de Historia en 1990. Te extrañará que te diga todo esto, ya que sabes de nuestras diferencias. A mi no, porque sinceramente sentí que debía decírtelas.

Entonces, no has muerto, porque sólo muere aquel a quien se olvida.

Agradezco al Comité de Redacción de la Revista “Alameda” la invitación a presentar el N°4 que, como dice el subtítulo, continúa en “la exploración de los caminos transliberales”, aunque en rigor son transconservadores, porque este modelo de liberal no tiene ni pizca, por más neo que la mona se vista, si nos atenemos al concepto decimonónico de liberalismo económico, político y cultural.

Este N° 4 tiene como temática troncal el problema del poder, analizado por Luis Moulián, María Angélica Illanes, María Eugenia Horvitz y Gabriel Salazar, además de una bibliografía sobre el tema, seleccionada por Danny Ahumada. Asimismo, contiene 2 artículos de análisis del discurso, elaborados por Alejandra Castillo y Manuel Ramírez; otros de Miguel Valderrama sobre “política y sujeto y sujeto de la política” y de Rodrigo Carreño en torno a “Las articulaciones comerciales en la Araucanía. 1750-1810”. Finalmente, artículos de Luis Corvalán M. comentando trabajos de Jocelyn-Holtz, de Ulises Cárcamos sobre Globalización y de William Culver acerca de la democracia representativa en Bolivia.

Lamentablemente, por falta de tiempo sólo podré comentar los ensayos sobre el Poder, aunque me hubiera gustado puntualizar las diferencias entre mundialización y globalización, además de una crítica a los capítulos que redactó Jocelyn Holtz para la denominada **Nueva Historia de Chile**, que por poco se convierte en texto-manual de los colegios, a no mediar la polémica pública que abrimos en su oportunidad varios historiadores. No obstante, queda pendiente la tarea de elaborar una respuesta colectiva al susodicho manual de la Universidad Católica.

Son tan importantes los ensayos sobre el Poder, que sugiero complementarlos con otros, como Poder, Patriarcado y Mujer en nuestra América; Poder y Deterioro Ambiental; Poder y Vida Cotidiana; Poder y Discriminación étnica, además de la deuda que tenemos con nuestro pueblo: publicar un libro, en términos entendibles sobre de las manifestaciones del Poder Popular en Chile.

Por mi parte, me comprometo a entregar un artículo sobre el “Poder Fáctico” de las Fuerzas Armadas, como parte de un libro titulado **La intervención de los militares en la**

política chilena (1820-1997), que dedico a la memoria de Salvador Allende en el 25 aniversario de su asesinato.

Ahora me toca lo más complejo: comentar los ensayos sobre el Poder. Y digo complejo porque los intelectuales de “todo el mundo uníos” son muy susceptibles a cualquier observación crítica, inclusive la constructiva. Tardé tiempo en darme cuenta de que la raíz de esta reacción residía en que el investigador tiene como única fuerza el intelecto. Por ende, cree que la crítica puede desvalorizar su fuerza de trabajo, además de afectar su ego y autoestima. Por eso, los presentadores de publicaciones prefieren limitarse a elogiar formalmente a los autores de la obra, evitando la sana práctica de las “armas de la crítica”, que tanta falta nos hace después de largos años de uso y abuso de otras armas. De todos modos, me arriesgaré porque estoy convencido de que la asociación de ideas, base de la creatividad, se gatilla con la polémica fraterna y el intercambio franco de ideas. Los elogios y la autocomplacencia nunca han sido buenos consejeros para la creación de nuevos conocimientos.

El ensayo de Luis Moulián sobre “Historia Poder en Chile” es excelente. Mira, Lucho, creo que es la base para que te decidas a elaborar una Historia de la Historiografía chilena, ahondando más en la teoría del conocimiento.

Tu primera afirmación de que “el conocimiento histórico ha sido siempre uno de los mecanismos más usados para legitimar el poder es relativamente cierta, porque no todo conocimiento histórico cumple esa finalidad. Estoy pensando en Agnes Heller, Gordon Childe, Arnold Hauser, Mariátegui, Aníbal Quijano, Michael Löwy, Karel Korsch, los dos Paul, Baran y Sweezy, Perry Anderson, Thompson, Hobsbawn y mi maestro José Luis Romero, que me decía en 1951: “ojo, Luisito, con hacerte sólo archivero; los documentos oficiales contienen opiniones sesgadas, traspasadas por la ideología de los vencedores. Y acotaba: para ser historiador, para poder reconstruir el pasado, que es la totalidad de la sociedad humana y la naturaleza, hay que saber antropología, ecología, sociología, economía, procesos culturales, el papel de la mitad de la historia, las mujeres, de los Pueblos Originarios, de la Vida Cotidiana. Y de ideología porque, como decía ese señor de lenguas barbas, que aún goza de buena salud: “la ideología predominante de una sociedad es la ideología de la clase dominante”.

Con razón, Luis Moulián insiste en que los historiadores del siglo XIX contribuyeron a forjar la identidad de clase de la oligarquía. Mas al hablar de Estado-oligárquico (p.20) confunde las categorías de Estado y Gobierno, diferenciadas por Harold Laski. El Estado chileno, como todo Estado, representa, aunque no de manera mecánica, a la clase dominante. Cuando deja de cumplir esa función y se convierte en agente de un sólo sector o fracción de clase, ya sea terratenientes y comerciantes, como ocurrió con los gobiernos de los decenios, estallan las guerras civiles (1851 y 1859), lideradas por la burguesía minera, afectada por el centralismo de la Capital y los elevados impuestos aduaneros a sus productos de exportación, de los cuales estaban en gran medida exentos los exportadores agrarios. Tuvo que acceder al gobierno J. J. Pérez, como expresión de un acuerdo entre todas las fracciones burguesas, para dar término a las guerras civiles de aquella época. En síntesis, en el siglo XIX no hubo un Estado oligárquico sino gobiernos oligárquicos.

Difiero también de Moulián cuando sostiene que Chile se diferencia de los demás países latinoamericanos al lograr la oligarquía su legitimización por vía de los historiadores. En rigor, lo mismo pasó en Venezuela, México, Perú y en la Argentina con los historiadores Vicente Fidel López y Bartolome Mitre.

Por otra parte, me gustaría conversar con Lucho Moulián acerca del discurso de los historiadores de las capas medias: la llamada “messohistoria” liberal y la católica. Salvo algunas opiniones puntuales, ¿qué los diferencia en el abordaje de los problemas claves del poder? ¿qué diferencia hay entre los historiadores denominados “messoliberales” y las opiniones de un Ricardo Krebs sobre el gobierno de Salvador Allende, expresadas en la reciente y no tan **Nueva Historia de Chile**?

Otra observación a Lucho: ¿por qué al final de tu ensayo, cuando mencionas investigadores que aportan a la Historia social, omites a Marcelo Segall, Ramírez Necochea, Julio César Jobet y Jorge Barría, precursores del tema, como lo reconoces en tu tesina sobre la historiografía marxista?.

Afortunadamente, María Eugenia Horvitz rescata a Hernán Ramírez Necochea, como hay que rescatar los aportes a la historia social de Santiago Arcos, Francisco Bilbao,

Malaquías Concha, Jenaro Abasolo, Martín Palma, Alejandro Escobar y Carvallo, Luis Emilio Recabarren, José Santos González Vera, Manuel Rojas y, posteriormente, Ricardo A. Latcham, Eugenio González, Orestes Plath, Alvaro Jara y el Mellafe de los buenos tiempos.

Horvitz puntualiza en su artículo los aportes a la verdad histórica de Ramírez Necochea sobre **Balmaceda y la contrarrevolución de 1891**, guerra civil caracterizada hasta entonces por el enfrentamiento entre el Poder Ejecutivo y el Parlamento. Me agradaría conversar con ella sobre las afirmaciones de Ramírez acerca de la política salitrera de Balmaceda que, a mi juicio, con todo lo progresista que fue, no constituyó una nacionalización sino un valiente freno al control británico de las salitreras, con el fin de que las oficinas en poder del Estado pudieran ser rematadas sólo por los empresarios chilenos. Por otra parte, quienes quieran investigar sobre historia social del siglo XIX tendrán que considerar la pionera contribución de Ramírez: **El Movimiento Obrero en Chile. Siglo XIX** y sus otros ensayos sobre el siglo XX. Aunque teñido por su caracterización de que Chile fue feudal desde la colonialización española, sigue siendo importante su libro **Antecedentes económicos de la Independencia**.

Otro ensayo de este N°4 de “Alamedas” es el de María Angélica Illanes: “El fruto prohibido de la guerra civil: el pueblo como poder. Valparaíso 1891-1897”, relevante contribución a una historia de los embriones de poder popular en el Chile de fines del siglo pasado. Creo que podría redimensionarse con un estudio comparativo con otros gérmenes de poder popular en América Latina, especialmente en la Venezuela de Ezequiel Zamora (1859-1861), en el México de Rodakhanaty (1870) y, sobre todo, en la “República de los Artesanos” de Colombia a principios de la década de 1850.

Más adelante, en la página 50, se afirma que los obreros y artesanos comenzaron a ejercer poder a fines del siglo XIX. En rigor, los primeros embriones de poder popular en Chile se dieron durante las guerras civiles de 1851 y 1859, particularmente en el Consejo del Pueblo de La Serena, orientado por José Miguel Carrera, hijo, y la Sociedad de la Igualdad. En Copiapó, los sectores populares se mantuvieron en el poder desde el 26 de diciembre de 1851 hasta el 8 de enero de 1852, controlando el primer ferrocarril, de Caldera a Copiapó. Otra expresión de poder popular fue la toma de Talca, liderada por el molinero Ramón

Antonio Vallejos, apoderándose de esa zona el 19 de enero de 1859 y estableciendo poder popular durante más de un mes.

En la misma página, hablando de Balmaceda, se comete el error teórico de definir la política de ese gobierno como un “modelo de estado-interventor”, cuando se ha demostrado que Balmaceda adoptó medidas económicas no para implantar un control estatizante de la economía sino para proteger a los empresarios chilenos del avance británico en las salitreras. Además, es sabido que dicho modelo recién empieza a aplicarse después de la crisis mundial de 1929-30, a la luz de las teorías de Keynes. En el texto que comentamos, p. 52, también se confunden las categorías de Estado y Gobierno, al hablar del “Estado-balmacedista”, como si el Estado cambiara su esencia clasista con el advenimiento de nuevos gobiernos, aunque es factible que puedan modificarse algunas de sus funciones coyunturales.

Respecto del poder popular habría que distinguir entre el papel que jugaron los obreros y el de los artesanos que, a pesar de sus protestas, no cuestionaban el sistema capitalista. Asimismo, diferenciar entre embriones de poder popular y poder popular como tal. Y la distinción entre poder popular, como se dió bajo Allende, y poder dual o dualidad de poderes, que es un estadio superior, expresado en la Revolución Boliviana de 1952, la primera revolución obrera de nuestro continente, así como la mexicana de 1910-20 fue la primera gran revolución campesina.

La investigación de María Angélica es acuciosa, sobre todo en el manejo de las fuentes, como “El Pueblo”, periódico del Partido Demócrata, aunque se echa de menos la voz de los numerosos periódicos anarquistas de la época, como “El Oprimido” (1893), órgano del Centro de Estudios Sociales creado un año antes. Los ácratas ejercieron influencia en las Uniones de Protección del Trabajo, de pintores y albañiles, donde se destacó Carlos Jorquera, uno de los primeros anarquistas chilenos. Se habían fortalecido en 1892 con la fundación de la Unión Marítima, afiliada a la Liga Marítima Internacional, que vehiculizaba las experiencias mundiales de los anarquistas y del movimiento obrero internacional; por lo cual los anarquistas chilenos y de otras partes conocían las experiencias de poder popular en diversos países. El 24 de febrero de 1896 surgió el Centro Social Obrero con la participación de Javier Rocuant, Antonio Bórquez y de los destacados escritores Diego Dublé Urrutía y Carlos Pezoa Véliz en la redacción del periódico “El Grito del Pueblo”. Ese mismo año,

apareció el periódico “El Proletariado”, dirigido por Luis Olea, Magno Espinoza y Alejandro Escobar y Carvallo. Poco después, en 1898 salieron a la calle los periódicos anarquistas “El Rebelde” y “El Martillo”. Todo esto nos plantea la hipótesis de que los anarquistas pudieron haber tenido participación en los sucesos que relata María Angélica Illanes.



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios “Miguel Enriquez”, CEME:
<http://www.archivochile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.)

Envía a: archivochileceme@yahoo.com

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores.

© CEME web productions 2003 -2006